

Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría de Sevilla: “Arte sevillano en la iglesia de Nuestra Señora del Pino de Teror, en Gran Canaria”. 24 de Noviembre de 2009.

Salutación y agradecimiento

Excelentísima señora Presidenta, excelentísimos e ilustrísimos señores académicos, señoras y señores. Aunque en actos como éste, las expresiones de agradecimiento se suelen dejar para el final, como colofón, yo prefiero hacerlas al comienzo por si acaso el cansancio o la emoción traicionen mi memoria. Soy consciente del honor que me han tributado al elegirme académico correspondiente en Las Palmas de Gran Canaria, de esta histórica y noble Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría de Sevilla, que tiene como fines esenciales el conocimiento, fomento y difusión de las Bellas Artes en todas sus manifestaciones, según se expresa en el capítulo primero de su reglamento. Con toda sinceridad manifiesto mi profundo agradecimiento por concederme el privilegio de pertenecer a esta ilustre Academia. Gracias señora Presidenta, gracias señores académicos. Les confieso que desde mi juventud he estado enamorado de Sevilla y de su pueblo, de sus tradiciones y fiestas, de su arte y belleza, de su hospitalidad y estilo de vida. Guardo imborrables recuerdos de mi estancia en esta ciudad y de mis frecuentes visitas. Yo espero corresponder con dedicación y generosidad al nombramiento de académico correspondiente en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. Me produce gran satisfacción que hoy se encuentren aquí amigos sevillanos y canarios. Gracias por vuestra presencia. Sevilla y Las Palmas de Gran Canaria han estado estrechamente vinculadas desde finales del siglo XIV, no sólo por la actividad mercantil a través de sus puertos, sino también y mucho por el influjo cultural y religioso que la capital hispalense ha ejercido en Gran Canaria y en las Islas Canarias, como iré desgranando en este discurso, que lleva por título “Arte sevillano en la basílica de Nuestra Señora del Pino de Teror (Gran Canaria)”.

1. Introducción

El papa Benedicto XIII, el llamado Papa Luna, erigió el obispado del Rubicón, en Lanzarote, en el año 1404. La Bula termina de este modo: “Además de esto, establecemos y mandamos que la referida Iglesia Rubicense esté sujeta como sufragánea a nuestro venerable Arzobispo y a la Iglesia Hispalense por derecho metropolitano. Dado en Marsella, junto a San Víctor, a 7 de julio del año décimo de nuestro pontificado”. Desde aquella lejana fecha, hace ya más de 600 años, la Iglesia y la sociedad canarias han estado vinculadas a Sevilla. El 25 de agosto de 1435, el papa Eugenio IV trasladó la sede episcopal a la isla de Gran Canaria, concretamente al Real de Las Palmas, pasando la diócesis a llamarse Canariense-Rubicense. El traslado no se hizo efectivo hasta 1483, siendo obispo el sevillano Juan de Frías, anteriormente canónigo de la catedral hispalense. El 22 de mayo del referido año, Juan de Frías aprobó los estatutos de la catedral de Canarias o de Santa Ana y de su cabildo, fijando 32 prebendas. Estos estatutos se redactaron teniendo como modelo los de la catedral de Sevilla. Juan de Frías se querelló contra el señor de las islas, el también sevillano Hernán Peraza por practicar la esclavitud, consiguiendo de los Reyes Católicos la liberación de los canarios que había sido traídos con engaño a los puertos de Palos, Moguer, Huelva, Gibraleón y Lepe, para ser vendidos en los mercados de esclavos. El 20 de noviembre de 1485 falleció el obispo Juan de Frías, “estando en Sevilla, en el corral de Jerez, collación de Santa María”. Los franciscanos, procedentes de Andalucía,

evangelizaron las islas. Su primer convento fue fundado en 1416 en la villa de Betancuria, Fuerteventura. Morador de este convento, desde 1441 a 1449, fue el santo sevillano San Diego de San Nicolás del Puerto, llamado popularmente San Diego de Alcalá. La huella de este santo amante de los pobres ha permanecido indemne entre los canarios hasta nuestros días. De los 68 obispos que ha tenido la diócesis de Canarias desde su fundación en 1404, 28 han sido andaluces, entre ellos 8 sevillanos, el último don José Antonio Infantes Florido. Tres obispos de Canarias llegarían a ser luego arzobispos cardenales de Sevilla: Francisco Delgado y Venegas, del que hablaremos más adelante, Judas José Romo y Gamboa, que está sepultado con sencillez en la cripta de la iglesia del Sagrario, y fray Joaquín Lluch y Garriga, que, por el contrario, está sepultado en la capilla de San Laureano de la catedral, en un mausoleo obra del artista catalán Agapito Vallmitjana.

2. Las dos primeras imágenes de Nuestra Señora del Pino

En tiempos del obispo Juan de Frías apareció en el interior de la isla de Gran Canaria, en el lugar llamado Teror, sobre un pino, una imagen de Nuestra Señora, que primero fue llamada Santa María de Terore y luego pasaría a venerarse bajo la advocación de Nuestra Señora del Pino. Es posible que esta advocación del Pino fuese importada a Gran Canaria por conquistadores o pobladores procedentes de Huelva, concretamente de Niebla, señorío de la familia de los Guzmanes, que tiene como patrona a la Virgen del Pino. El relato de la aparición narra que el obispo Juan de Frías se desplazó personalmente al lugar para constatar el hecho, escuchar los testimonios de los naturales, y aprobar su culto. Esta primera imagen desapareció. Según el cronista Marín y Cubas se la llevó un hombre de Sanlúcar de Barrameda. La segunda imagen es, probablemente, la que ahora se venera en la ermita de Nuestra Señora de las Nieves, también en Teror, bajo esta misma advocación, traída de Flandes, hecha en Manila entre 1510 y 1520. Esta pequeña talla de menos de 40 cms. fue intervenida en el siglo XVIII, cuando la transformaron en imagen de vestir. Su pequeña cabeza fue sustituida por otra más grande, hecha por un autor local, para que se pudiese ver a cierta distancia en su nueva ermita y retablo. Anteriormente había estado en una cueva ermita, en un pequeño nicho abierto en la pared y revestido de madera. Esta cueva ermita se conserva y yo la recuperé para el culto siendo párroco del lugar. En ella se veneró la imagen, al menos, durante un siglo, desde finales del siglo XVI hasta finales del XVII, en que se edificó la actual ermita.

3. La imagen sevillana de Nuestra Señora del Pino

La tercera y actual imagen es sevillana, atribuida a Jorge Fernández o a su taller, o mejor, a algún seguidor directo del maestro, como bien ha expuesto recientemente el profesor de la Universidad de Sevilla don Francisco Herrera García, en su trabajo “La escultura sevillana del quinientos y la Virgen del Pino”, en el libro “Arte en Canarias. Del gótico al manierismo”, publicado en 2008.

Escribe este autor, que “la imagen responde al modelo de la Virgen María basado en la Hodegetria bizantina, ampliamente difundido durante la Baja Edad Media, y desde finales del siglo XV, mediatizado a través de los esquemas formales propios de la plástica flamenca y germana, muy divulgados en Sevilla por numerosos escultores procedentes del Norte de Europa”.

La imagen es descrita por el profesor Herrera en estos términos: “Provista de notable esbeltez, sostiene el Niño con su brazo izquierdo, ayudándose de la mano derecha. No falta el característico arqueamiento propio de la estética bajomedieval ni la dulzura del rostro, plasmada mediante una escueta pero elocuente sonrisa, ojos almendrados ligeramente caídos, finísimas cejas, sonrosadas mejillas, etc. Las vestimentas remiten a lo habitual en las representaciones marianas flamencas de finales del siglo XV y principios del XVI: camisa interior que asoma por el escote en cuadro de la túnica y manto que adopta un característico doblez sobre hombros y desciende lateralmente para acabar en puntas. Los pliegues son otro de los elementos que vinculan de forma inequívoca la imagen con las constantes derivadas del taller de Jorge Fernández: si a la altura del pecho describen delgados frunces paralelos, desde el vientre quiebran en típicos embolsamientos con caída en ángulo y otro pliegue más fino que se desarrolla en suave curva desde el lado izquierdo hasta la parte inferior opuesta”.

Otras imágenes de Jorge Fernández o de su círculo, habidas en las provincias de Sevilla y de Huelva, muestran la similitud con la de la Virgen del Pino.

“Pese al indudable entronque de la Virgen teroreña con los postulados del taller de Jorge Fernández hemos de observar, no obstante, cómo la simplificación de los rasgos faciales, vestidos y pliegues, marcan cierta distancia con las (indicadas) esculturas del retablo catedralicio, las del retablo mayor de Marchena, además de algunas aportadas aquí por nosotros (Santa Olalla, Osuna) muy estrechamente ligadas a la labor del maestro. Podríamos pensar, por tanto, en la gubia de algún seguidor directo, de más discretas habilidades, de momento imposible de nombrar, activo entre 1520 y 1530”.

4. Imágenes sevillanas del siglo XVIII en la basílica de Nuestra Señora del Pino

De la misma manera que ha habido tres imágenes de Nuestra Señora del Pino, tres iglesias se construyeron en Teror como santuarios de las mismas. La primera ermita se edificó a finales del siglo XV, pocos años después de la aparición de la Virgen en un pino. Arruinada a finales del siglo XVI, en 1608 se inauguró la segunda iglesia, cuya fábrica tenía tres naves. El pino sagrado, que hacía de campanario de la iglesia, fue derrumbado por un terrible temporal el fatídico día 3 de abril de 1684. Para sustituirlo en su función de campanario se construyó en 1708 una graciosa torre octogonal, a imitación de las antiguas torres de la catedral de Las Palmas. El pueblo la bautizó como “la torre amarilla”, por el color de su piedra. En 1760 el obispo fray Valentín Morán ordenó el cierre de la segunda iglesia por amenazar ruina. Enseguida comenzaron las obras de la tercera iglesia, que es la que conocemos hoy. Artífices de esta obra fueron el tesorero de la catedral don Estanislao de Lugo y el ingeniero militar y arquitecto don Antonio de la Rocha. Se bendijo en 1767, siendo obispo don Francisco Xavier Delgado y Venegas, nacido en Villanueva del Ariscal y más tarde arzobispo-cardenal de Sevilla.

La fábrica consta de tres naves, con retablos en las cabeceras de cada una de ellos. El retablo mayor da cobijo a la imagen sevillana de Nuestra Señora del Pino. A los lados de la Patrona están las magníficas imágenes genovesas de San José con el Niño Jesús y de San Joaquín con la Niña María. El retablo que preside la nave del evangelio, se dedicó a la imagen de Jesús Crucificado. El retablo de la nave de la Epístola, a la Virgen del Rosario. En las dos naves laterales se construyeron dos retablos colaterales: el de San Matías y el de San Ramón Nonato. En lo alto del retablo de San Ramón hay dos ángeles, uno portando el escudo de la Merced, a cuya orden pertenecía el santo, y el otro

la palma del martirio. En el primer tercio del siglo XX, la imagen de San Ramón fue desplazada a una peana detrás del púlpito donde pasa desapercibida y expuesta a su deterioro al carecer de nicho. Finalmente, junto a la entrada se instaló el retablo de Ánimas. Algunas de estas imágenes pertenecían a la iglesia anterior, como la Virgen del Rosario y San Francisco, otras se hicieron en Canarias como la de San Miguel y varias se llevaron de la Península. Concremente en Sevilla se hicieron nada menos que cinco, las cuales se conservan. Fueron encargadas por el mayordomo principal, el referido tesorero de la catedral don Estanislao de Lugo y Viña. Cuatro forman pareja. Las cinco se atribuyen al escultor sevillano Benito de Hita y Castillo.

Las datas de cuatro imágenes avalan la procedencia de Sevilla. Son las de los arcángeles San Gabriel y San Rafael y las de los santos varones Nicodemo y José de Arimatea. Dicen así:

“Por 3.390 reales costo de las estatuas de los arcángeles San Gabriel y San Rafael y santos Joseph y Nicodemus, a saber 1.880 las esculturas, 20 las azucenas de San Gabriel, 1.220 el estofado, 220 los cajones donde vinieron, 80 reales fletes de Sevilla y Cádiz, 50 los peones que los llevaron al embarcadero y la lancha hasta bordo del barco...”

La data de San Ramón no señala el lugar de procedencia, sino el costo de su hechura y el nombre del donante de la misma, que no fue otro que el obispo mercedario fray Valentín Morán: “Por 1.200 reales costo de la efigie de San Ramón que mandó poner el Obispo Morán”.

Diferentes autores coinciden en que la imagen de San Ramón es de Benito de Hita. El profesor de arte e investigador don José Concepción lo argumenta así: “San Ramón se corresponde con los cánones de la estética de lo bonito en la dulzura de la cara, orientada hacia lo alto, así como en el preciosismo de los paños. Las facciones del rostro en las cejas, nariz y angulosidades de la piel en torno a ésta, así como la configuración y postura de la mano izquierda, nos recuerdan los mismos rasgos de San Juan Nepomuceno ubicado en la ermita de San Antonio Abad de Las Palmas de Gran Canaria, que hemos atribuido a la gubia de Benito de Hita, por lo que no es descartable el que esta pieza terorensa pertenezca también al taller del sevillano”.

En mi libro “La Merced en las Islas Canarias” hice una interpretación teológica de la iconografía de San Ramón de Teror: “Sus ornamentos corresponden a su dignidad de cardenal, donde predomina el color rojo, incluso en el calzado. En la mano derecha muestra la custodia, que quiere recordar el episodio de su agonía, física y espiritual. Al no aparecer el sacerdote que le debía administrar el viático, Jesucristo mismo en persona le da la comunión. La postura dinámica e itinerante del santo nos sugiere que el Pan Eucarístico es el alimento y viático en el camino hacia la vida eterna. La palma que lleva en su mano izquierda y que apoya sobre su hombro, nos recuerda los tormentos que sufrió durante su cautiverio en el Norte de África. Los tres anillos que circundan la palma son los símbolos de sus tres virtudes: castidad, elocuencia y martirio, dando lugar a que la iglesia lo venere como casto, confesor y mártir. Por ello es el único santo que se representa con la palma del martirio sin haber sido sacrificado en el potro de la tortura.

Los arcángeles son tan expresivos en sus formas y movimientos algo amanerados que parecen estar danzando, más que caminando, con los pliegues de los vestidos sueltos al

aire. El artista nos transmite que el mensajero Gabriel y el compañero de camino Rafael cumplen con sus misiones respectivas con gozo y algarazara, como enviados por Dios para dar buenas noticias de salvación y de consuelo.

Los Santos Varones de la iglesia de Teror harían las delicias de algunas hermandades de pasión andaluzas, cuya imagen titular sea Jesucristo crucificado y muerto. Son figuras sobrias, como corresponde a la misión que han de cumplir de desclavar el cuerpo de Jesús y sepultarlo con decoro en el sepulcro. Afirma don Francisco Herrera que “están al nivel de las mejores obras del escultor sevillano Benito de Hita y Castillo”.

5. Imágenes de Benito de Hita en la isla de La Palma

Pero tenemos varios datos documentados que avalan la autoría de este maestro como el autor de las imágenes dieciochescas de la iglesia de Nuestra Señora del Pino de Teror. Para ello hay que trasladarse a la isla de La Palma. En sus iglesias hay varias obras firmadas de Benito de Hita. En primer lugar, es muy significativa la de Nuestra Señora del Carmen de la ermita dedicada a San Estanislao en Barlovento, adquirida por don Francisco de Lugo y Viña, capitán del regimiento de milicias de La Orotava. Don Francisco era hermano del citado mayordomo de Teror don Estanislao de Lugo, que llevó de Sevilla las esculturas referidas anteriormente. Lo que nos hace suponer que la familia Lugo mantuvo trato frecuente y de amistad con el artista sevillano.

También están firmadas en la peana por Hita del Castillo las imágenes de San Antonio de Padua y de San Miguel Arcángel de la iglesia de San Juan de Puntallana, en la misma isla de La Palma. Obsérvese en la de San Miguel el mismo movimiento y estilo que vimos en las de los arcángeles Gabriel y Rafael. La de San Antonio tiene un pie adelantado, el mismo detalle que se advierte en la de San Ramon Nonato.

Terminamos haciendo mención de una imagen sevillana muy significativa de Benito de Hita, que se pasea por las calles de Santa Cruz de La Palma en Semana Santa: la del Señor de la Caída. Su rostro se vuelve a los espectadores pidiendo la ayuda de algún Cirineo. Y la firma tan evidente y llamativa nos recuerda que Sevilla exportó a las Islas Canarias su arte, sus devociones y su Semana Santa.